



UNIVERSIDAD DE CHILE

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
ESCUELA DE PREGRADO

“Un turista es una persona desagradable”: turismo neocolonial en *Un pequeño lugar* de Jamaica Kincaid y *Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer* de David Foster Wallace

Tesis para optar al grado de Licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas

Dominga Schlotfeld Zegers

Profesoras guía:
Lucía Stecher Guzmán
Natalia Cisterna Jara

SANTIAGO DE CHILE, ENERO 2019

Agradecimientos

A mi familia por la paciencia,

a mi perro Palta por el cariño,

a mis profesoras y compañeros/as de seminario por la ayuda y el conocimiento:

Lucía Stecher, Natalia Cisterna, el Pato, el Gabriel, el Diego y la Caro,

a mis amigas/os por el apoyo:

la Maca, la Katy, la Flo, la Isi, la Dani, el Jannis y el Dante.

Al David.

Índice

Introducción	3
1. Marco teórico y contextualización	6
1.1 Modernidad y posmodernidad	6
1.2 Turismo masivo	9
1.3 Neocolonialismo, crítica postcolonial y <i>Ojos Imperiales</i>	12
2. El ensayo anticolonial de Jamaica Kincaid: Múltiples voces indignadas	17
2.1 Breve genealogía de ensayos anticoloniales caribeños	19
2.1.1 José Martí	19
2.1.2 Aimé Césaire	20
2.1.3 Frantz Fanon	21
2.2 Jamaica Kincaid: el turismo masivo y el turista neocolonial	22
3. El discurso posmoderno de anticonquista de David Foster Wallace	32
3.1 Sobre el género de la crónica de viaje	32
3.2 El Pastiche	34
3.3 El fin de los grandes relatos	34
3.4 El relato de viajes posmoderno de David Foster Wallace	35
3.5 Discurso de anticonquista	40
Conclusiones	44
Bibliografía	47

Introducción

En este trabajo analizaré la representación del turismo masivo y del sujeto turista en el Caribe en la construcción textual y discursiva de dos producciones literarias: *Un pequeño lugar* (1988) de Jamaica Kincaid y *Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer* (1997) de David Foster Wallace. Para esto, primero contextualizaré las obras como producciones culturales enmarcadas en el turismo masivo, fenómeno propio del capitalismo globalizado y tardío de finales del siglo XX. Luego analizaré en *Un pequeño lugar* cómo Kincaid, a través del género del ensayo, denuncia desde un lugar de enunciación muy cercano y personal, el funcionamiento del turismo y sus consecuencias en Antigua. En *Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer* analizaré la figura del turista representado en el narrador. Finalmente compararé y contrastaré la representación crítica del turismo en ambas obras. Propongo que ambos textos representan una relación neocolonial entre la industria del turismo y el territorio visitado, incluyendo a sus habitantes y su cultura. Esto porque se revitalizan estructuras de la época colonial entre metrópolis y colonia, como la servidumbre, la dependencia económica, la exotización, y la desterritorialización.

No se puede entender el Caribe sin su historia colonial y neocolonial, así como tampoco se puede entender la modernidad europea sin el genocidio o etnocidio de, primero, los pueblos originarios del llamado continente americano, y segundo, la esclavitud negra africana en las colonias, especialmente en el Caribe. A esto se refiere Aimé Césaire al decir que “Europa es indefendible” (30), sin esta *limpieza* y explotación, la modernidad capitalista y su desarrollo hasta la actualidad no existiría: no es un efecto colateral, sino que su fundamento: “(...) es parte, y una parte sustantiva y en varios sentidos decisiva, de la propia conformación de la Modernidad, del modo de producción capitalista centrado en Europa (...)” (Grüner 19). Estas islas, que conocemos hoy por Caribe, repiten un mismo patrón: el nacimiento a partir del genocidio indígena, la esclavitud africana negra y la economía de plantación.

Estos territorios son fundados por el colonialismo y sus reminiscencias permanecen en estructuras patentes y simbólicas. Existe una matriz que permite rearticular o perpetuar sistemas coloniales o neocoloniales con bastante facilidad. Hay que tomar en cuenta que las islas, la mayoría de los territorios considerados como caribeños, recién se independizan en la segunda etapa

de independencia americana, a finales del siglo XIX y durante el XX. Haití fue la primera que se independizó a través de una revolución en 1795 hasta la fecha oficial de la independencia en 1904, y las últimas a las que el imperio británico les concedió la independencia fueron a Antigua y Barbuda, recién en 1981. Es decir, muchas islas vivieron sus procesos de (precaria) modernización y conformación de nación siendo colonias, surgiendo así problemas al intentar conformar naciones: cómo puede un territorio colonizado conformar una identidad nacional, y cómo sin esta identidad puede una comunidad conformar una nación. Por lo tanto la independencia, si bien fue un evidente avance, no significó inmediata autonomía ni en términos prácticos ni tampoco simbólicos, porque su condición de clase colonial subalterna y la dependencia económica (por lo mínimo) de otros países en un mundo supuestamente globalizado, no le permiten una real autonomía.

Sostengo que el turismo masivo es una forma más de neocolonialismo en el Caribe, dado que sus economías se sustentan casi exclusivamente en esta industria. Se estructura en base a los mismos pilares simbólicos y, hasta cierto punto, económicos del sistema colonial: La tierra es ocupada por capitales extranjeros, desposeyéndola de sus habitantes, creando fortunas gigantes para privados quedando poco para el país. Se abren puestos de trabajo para los caribeños, recreando la misma servidumbre colonial, racializando los puestos de trabajo o creando estructuras racistas de empleo. Este problema tendrá representaciones culturales tanto por parte del territorio neocolonizado como por los países coloniales e imperiales. Textos que abordan estas representaciones simbólicas coloniales asociadas al turismo de masas: consumista, sexual y racista, bajo la lógica posmoderna o hiperconsumista de consumir experiencias y no objetos. El turista de masas no es el turista valiente que visita un país con una cultura diferente: es el turista que viene en búsqueda de un paraíso de consumo exacerbado, viene no a respetar y siquiera observar las culturas territoriales sino que exotizarlas e imponer la suya en territorios ajenos.

De este modo, en este trabajo releeremos al Caribe incluyendo una de sus características más reconocidas en la era globalizada de finales del siglo XX: el turismo masivo de consumo. Analizaré, resignificando las categorías teóricas utilizadas por Mary Louise Pratt en *Ojos imperiales* —zona de contacto, transculturación y anticonquista—, la relación compleja neocolonial que evidencian los textos, ya no entre país-colonia y país-colonizador, sino que entre territorio y empresas multinacionales o inversiones extranjeras. La zona de contacto sería artificial, en la medida en que no existe verdadero encuentro de culturas dado el hecho de que el turista no se

expone a riesgos o rarezas extranjeras, sino que se refugian en la familiaridad, comodidad y exotismo; sucede una transculturación artificial, ya que en los territorios anfitriones no hay selección sino utilización de elementos residuales de la cultura para su exotización, y así comercialización.

Kincaid, como sujeta colonizada y al mismo tiempo como habitante de Estados Unidos, se verá habilitada para hacer una crítica frontal e incluso de descalificación e interpelación generalizada en contra del turista como sujeto despreciable. Lo hará a partir de su experiencia personal, como habitante de Antigua y como alguien con acceso a la cultura europea-norte americana. Foster Wallace, en cambio, tendrá que tomar otro camino, porque él sí pertenece al grupo de poder en el turismo neocolonial, entonces el humor, la vergüenza ajena y la constante necesidad de diferenciarse de sus pares estructurarán su crónica, que también resulta ser una experiencia personal de un viaje en crucero por El Caribe. Para Kincaid, Wallace será el turista que denosta, a pesar de que él desesperadamente intenta no serlo.

1. Marco teórico y contextualización

No tiene justificación este deshumanizador hábito occidental de representar a otras partes del mundo como carentes de historia.

(Mary Louise Pratt, *Ojos Imperiales*, 392)

1.1 Modernidad y Posmodernidad

Busco en Google “Antigua y Barbuda” y el primer resultado que me arroja, incluso antes de la página de Wikipedia, es una publicidad de los diez hoteles más lujosos de la isla, todos con cinco estrellas, por supuesto. Busco estos hoteles, ingreso a sus páginas oficiales en inglés, con fotos del océano y de las playas de fondo, playas que se llenarán de turistas felices, probablemente blancos. Ingreso en su galería de fotos: además de paisajes, sobran fotos de las habitaciones, de los muelles, de las actividades y de los restaurantes gourmet. Pero lo más importante, fotos de la amabilidad del equipo de trabajo que se encargará del confort del futuro turista: trabajadores negros, y por su puesto, sonrientes. Fotos de un paraíso moderno que no podría encontrarse en países metropolitanos, porque es una experiencia que solo se puede consumir lejos, muy lejos del trabajo, de la casa, y de la modernidad o posmodernidad de las metrópolis.

Sabemos que esta publicidad no está ahí por casualidad. Muchos dólares se invirtieron para crearla, y quizás cuántos otros han ganado gracias a ella. Las islas caribeñas, desde que su principal ingreso se vuelca a la industria turística a finales del siglo XX, pasaron a ser una mercancía, y así son vendidas.

Si el capitalismo moderno funciona con economías centrales y periféricas, o el posmoderno con flujos de capital centrales y periféricos en el denominado capitalismo postindustrial o tardío, las islas caribeñas que se dedican al turismo, ocuparían un lugar periférico. Estas aprovechan su ventaja comparativa (bellos paisajes) y la competitiva (bajos sueldos e impuestos) y se venden al mundo central, creándose relaciones desiguales de intercambio comercial, perpetuándose así el lugar en la periferia del Caribe en el sistema global que comienza con su historia colonial.

Tanto *Un pequeño lugar* como *Algo supuestamente divertido que nunca volvería a hacer* se publican en las últimas décadas del siglo XX y tocan, desde diferentes puntos de vista, el tema del turismo masivo de esta misma época, en pleno debate acerca de un supuesto giro cultural desde la modernidad a la posmodernidad. Por esto, me parece relevante para situar las obras hacer una breve conceptualización de la modernidad y posmodernidad, y su relación con el capitalismo y el concepto de globalización.

Jorge Larraín, explicando diversas teorías sobre la modernidad, defiende la tesis de que la modernidad es una y múltiple al mismo tiempo: “La modernidad no puede reducirse a una modernidad europea, pero tampoco puede hablarse de múltiples modernidades si por ello se entiende la posibilidad de modernidades contradictorias en su contenido(…)” (17). Habría que caracterizar entonces lo que serían los contenidos constituyentes de la modernidad, pero al mismo tiempo, diferenciar en nuestro caso, la modernidad europea de la latinoamericana, e incluso la latinoamericana de la caribeña. Esos elementos esenciales serían la expansión ilimitada del dominio racional, la autonomía y el control de la naturaleza (Larraín 18-19). Respecto a la posibilidad de múltiples modernidades Larraín, parafraseando a Wagner, plantea: “(…) es que no hay solo un tipo de institucionalización de la modernidad sino más bien es posible pensar en formas plurales de institucionalización, o respuestas concretas a los desafíos planteados por la búsqueda de autonomía y el control racional” (25). Pensando en América Latina y el Caribe, siendo el colonialismo parte estructural de su historia, es evidente que su búsqueda de autonomía será distinta a la europea, la del colonizador, por ende su modernidad será distinta en tanto sus valores se mantienen, pero las condiciones materiales en que se realizan los procesos de modernización son radicalmente diferentes.

Pienso por ejemplo en el periodo de conquista y colonia: ¿es o no, una contradicción, el hecho de que el comienzo de la modernidad europea pueda datarse para algunos con la conquista de América, y que a la vez, el comienzo de la modernidad latinoamericana para otros, se haya dado con los procesos de independencia de sus metrópolis? Estas dos visiones opuestas sobre la conquista y colonización de América, abren la posibilidad de múltiples modernidades: en la medida en que mientras que para Europa la conquista significó el uso de la *razón instrumental* y el *control de la naturaleza*, para América Latina la independencia del colonialismo significó la búsqueda de su *autonomía*. Los tres fundamentos de la modernidad (razón instrumental, control de la naturaleza y autonomía) fundaron modernidades en disputa. Esto porque la colonización es

moderna y premoderna a la vez, en tanto mientras se controla lo natural al explorar y utilizar territorios supuestamente inexplorados, se utiliza la razón para justificar el actuar, no se respeta la autonomía de los pueblos. La modernidad latinoamericana y caribeña entonces pueden ser un discurso crítico de la europea, más que una mera copia, o imposición de un modelo.

Esta modernidad múltiple se puede relacionar con la globalización en tanto ella es globalizante de por sí, ya que el capitalismo tiene que operar a escala global, es decir, el capitalismo desde sus comienzos fue globalizante: “El proceso de globalización se refiere a la intensificación de las relaciones sociales universales que unen a distintas localidades de tal manera que lo que sucede en una localidad está afectado por sucesos que ocurren muy lejos y viceversa” (Larraín 22). Esta interrelación de naciones evidentemente no está libre de relaciones de poder imperiales entre los países metropolitanos y los colonizados: existe una relación de dominación, una relación neocolonial, aún después de los procesos de independencia y descolonización del siglo XIX y XX.

Entonces, tomando en cuenta que el capitalismo es globalizante, para muchos críticos, por ejemplo Grínor Rojo, esto significa que la globalización no sería una etapa que comienza en el siglo XX sino que mucho antes: con el principio del capitalismo. Sin embargo, creo que sin negar que los procesos de globalización o interconexión efectivamente no comienzan en el siglo XX, por diversos factores, sí se intensifican en este y sobre todo desde la década de los 80'. Lo suficiente como para que merezca ser un fenómeno *particularizable*:

El debate acerca de los orígenes de la globalización (que para muchos autores no se puede ubicar en el siglo XX, dado que las tendencias a la comercialización extrarregional existen desde mucho antes), la intensidad, magnitud y velocidad que adquieren los flujos globales, no sólo de bienes, sino de ideas, valores, personas, dinero e información, connotan una fase particularizable (Filardo 190).

Para efectos de esta investigación entonces, la globalización es una etapa del capitalismo en donde:

Toda economía nacional, sea cual sea, se vuelve provincia de la economía global. El modo capitalista de producción entra en una época propiamente global, y no internacional o multinacional. Así, el mercado, las fuerzas productivas, la nueva división interna-

cional del trabajo, la producción ampliada del capital, se desarrollan a escala mundial (Ianni 6).

Esta época del capitalismo de producción global, correspondería para varios críticos y pensadores, a la denominada posmodernidad. Según Perry Anderson, ella corresponde al quiebre con la modernidad a partir de la irrupción de un nuevo modo de organización del capital: “La posmodernidad deja de ser una mera ruptura estética o un cambio epistemológico para convertirse en señal cultural de un nuevo estadio de la historia del modo de producción dominante” (77). Es un capitalismo resultante del desarrollo tecnológico, del dominio de las empresas transnacionales, que reordenan el reparto del trabajo a nivel mundial y no nacional. Ver la modernidad y la posmodernidad ligadas a la historia del capitalismo me parece tremendamente productivo en tanto sí tiene sentido que la cultura cambie en la medida que el capitalismo lo haga: “(...) entender las reglas de la acumulación de capital nos ayuda a comprender por qué nuestra historia y nuestra geografía adoptan las formas que adoptan” (Harvey 138).

Para Jameson, la posmodernidad es diferente al posmodernismo, en tanto mientras el primero es un periodo histórico, el segundo sería la lógica cultural correspondiente al capitalismo multinacional o tardío, cuyas características serían, por ejemplo la fusión de los géneros literarios y el pastiche: la imitación vacía, sin parodia. Surgen en este periodo cuestionamientos a lo que constituye la modernidad: ¿existe la autonomía en un mundo globalizado?, ¿podemos realmente dominar y controlar racionalmente el mundo ilimitadamente? Se ponen en duda los grandes relatos, la unidad del sujeto y la estabilidad de la identidad, se debilitan los estados nacionales y se crea una admiración exacerbada por la diferencia que impide hablar de proyectos colectivos, como la identidad nacional.

1.2 Turismo masivo

Es la mezcla del paisaje virginal y la modernidad de las instalaciones hoteleras lo que constituye el imaginario del turismo masivo en el Caribe. Un idilio en pleno siglo XX y XXI que las empresas saben publicitar: una de las páginas web que visité, la del “Hotel Blue Waters” dice lo siguiente: “On the northwestern corner of Antigua, where the Caribbean Sea laps against the shore, you will find Blue Waters Resort. Epitomising luxury and elegance, Blue Waters is the

idyllic tropical paradise which every person dreams about” (Home [*Blue Waters Resort*]) En una sola oración su redactor logra transformar al Caribe en un paraíso y al consumidor en un ente universal, que busca justo lo que el hotel ofrece, el epítome del lujo y la elegancia. En otras palabras, la denominada *experiencia caribeña*: “From casual lunches served al fresco by the beach or elegant evening dinners, our range of restaurants offer you the perfect Caribbean experience” (Home [*Blue Waters Resort*]), “With 365 beaches, you can visit a new paradise everyday of the year and never visit the same place twice” (Home [*Blue Waters Resort*]). *Lo caribeño* aquí, no tiene contenido histórico ni identitario, es meramente un invento publicitario, “Caribbean escape: Carlisle Bay is a luxury resort looking out over white sand and turquoise water, with a backdrop of emerald green rain forest” (Home [*Carlisle Bay Resort. Antigua*]). *Lo caribeño* así, será no solo elegante y hermoso sino que también exótico “Architecture is in keeping with the simple yet charming style of the Caribbean and the décor throughout is restful and elegant. A diverse range of restaurants and bars, many opening onto the beach, use the freshest of Caribbean ingredients to create their enticing menus” (Home [*Carlisle Bay Resort. Antigua*]).

Cuando hablo de turismo masivo me refiero al periodo del siglo XX en que la idea de vacaciones se democratizó “(...) lo asociamos en forma indefectible a un modelo macro de desarrollo social inclusivo que permitió a las clases emergentes del capitalismo industrial integrarse al trabajo y a la recreación”. (Cicalese 84) Antes del turismo masivo, dichas instancias eran mucho más exclusivas. La industria turística se desarrolló exponencialmente con la conquista del descanso en los derechos laborales, el derecho a vacaciones pagadas que unos pocos consiguieron: “El turismo como práctica social ha cambiado radicalmente, pasando de un sistema de producción Fordista, esencialmente vertical, a un nexo mucho más disperso de producción y consumo de experiencias” (Richards 9).

Propongo que el turismo masivo de finales del siglo XX y XXI tiene una serie de características y forma parte de la lógica cultural del capitalismo tardío, y por lo tanto de la posmodernidad: donde los estilos de vida, las experiencias y el confort se comercializan y publicitan; lo que se vende son experiencias.

En primer lugar, el turismo masivo posmoderno en el Caribe, caracterizado por el acceso a grandes hoteles y cruceros, es una experiencia hiperrealizada: en la medida en que recrea y simula ya sea un paraíso que Occidente tiene en su imaginario, o una especie de Occidente exotizado (Filardo). Lo que busca el turista es “(...) una nueva experiencia; el turista es un buscador

consciente y sistemático de experiencia” (Bauman 59), y esa experiencia se da en un espacio en el presente que se comercializa, no es una búsqueda imposible del futuro como la del sujeto moderno.

En segundo lugar, tomando prestado el análisis de Beatriz Sarlo sobre el shopping en las ciudades posmodernas, el turismo masivo para el Caribe es como el mall es a la ciudad: “(...) el shopping center, no importa cuál sea su tipología arquitectónica, es un simulacro de ciudad de servicios miniatura, donde todos los extremos de lo urbano han sido liquidados: la intemperie, los pasajes y arcadas del siglo XIX (...)” (Sarlo 20). Como dijimos, los espacios que ocupa el turismo serían hiperrealidades, lugares sin tiempo, sin historia y sin identidad: serían también, según Marc Augé, no-lugares:

Si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico, definirá un no lugar. La hipótesis aquí defendida es que la sobremodernidad es productora de no lugares, es decir, de espacios que no son en sí lugares antropológicos y que, contrariamente a la modernidad baudeleriana, no integran los lugares antiguos: éstos, catalogados, clasificados y promovidos a la categoría de "lugares" de memoria", ocupan allí un lugar circunscripto y específico (83).

Por último, la industria turística tiene el afán no solo de borrar la historia de los espacios geográficos y sociales en los que se instala, sino que de recrear simbólicamente relaciones de poder que surgen desde la colonia. “Desde la Cuba socialista hasta el Puerto Rico dominado por los Estados Unidos, (...) [el turismo] ha reforzado los legados del colonialismo y el imperialismo, a la vez que suministra enormes ganancias a las economías nacionales y los inversionistas privados” (Deavila 78). Este legado colonial se ve reforzado material y simbólicamente porque los gobiernos de los países del Caribe que han caído en la industria del turismo masivo “(...) han creado condiciones para la inversión de capital extranjero, sin haber neutralizado la dependencia económica, la degradación ambiental, la explotación laboral y todas las formas de exclusión social derivadas del turismo” (Deavila 80). Al depender económicamente de los países metropolitanos solo se crea una nueva forma de colonialidad que se ha denominado neocolonial.¹

¹ Cuba de alguna manera ha evitado esto haciendo que por lo menos la mitad de la propiedad de los grandes hoteles sea del Estado.

Simbólicamente hablando, “(...) los turistas ven a los nativos como muñecos exóticos. El turismo transforma la cultura del pueblo anfitrión en mercancía enlatada para uso del turista” (Jurdao 25). En otras palabras, la cultura del país anfitrión es exotizada y se exotiza a sí misma como consecuencia de que sus economías dependen del turismo: el turista quiere, sin que le quiten la comodidad y seguridad de estar en un hotel o un crucero, ver elementos exóticos de la cultura local. No quieren ver países colonizados, ni la evidencia de frustrados procesos de modernización de sus ciudades, ni la precarización del trabajo o el racismo de la industria de la que se están siendo partícipes. Gracias a esta preferencia por un producto exótico, la propia cultura se presenta como exótica, aunque no lo sea: “[el turista] Quiere ver cosas extrañas, pero a través de su cultura, con los ojos de su cultura. El nativo ha de mercantilizar su cultura para que el turista pague por ella” (Jurdao 25). La industria turística, despliega, por lo tanto, un gesto neocolonizador.

1.3 Neocolonialismo, crítica postcolonial y *Ojos Imperiales*

El neocolonialismo es experto en esconderse tras el relato de las maravillas de la globalización: la interconectividad y el multiculturalismo. Mientras tanto, el turismo masivo es capaz de despojar de historia a toda una nación, inventando una identidad caribeña que se vende y se publicita, y no que se construye colectivamente. Este es el *modus operandi* de dicha industria, y las páginas que visité lo comprueban: vemos fotos de paisajes impecables, y no la destrucción casi total de Barbuda tras el paso del huracán Irma el 2017. Se habla de los productos frescos directo de las islas, pero no se menciona que la mayor parte del alimento que utilizan los resorts son importados. Los habitantes de las islas solo conocerán las instalaciones modernas que construyen como empleados.

Los estudios postcoloniales intentarán develar este modo de operar de la colonialidad e incluso de la neocolonialidad, creando una historia disidente a la oficialmente establecida por la autoridad europea.

Eduardo Grüner por ejemplo, en “La voluntad de pensamiento (crítico) para Latinoamérica”, analiza, desde un punto de vista anticolonial e histórico (pero no exclusivamente histórico), la revolución haitiana. El primer planteamiento que marca toda su argumentación es que la mo-

modernidad eurocéntrica no existe sin el genocidio o etnocidio de, primero, los pueblos originarios del llamado continente americano, y segundo, la esclavitud negra africana en las colonias, especialmente en el Caribe. Sin esta “limpieza” y explotación, la modernidad capitalista y su desarrollo hasta la actualidad no existiría como tal. No es un efecto colateral, sino que su fundamento: “(...) es parte, y una parte sustantiva y en varios sentidos decisiva, de la propia conformación de la Modernidad, del modo de producción capitalista centrado en Europa (...)” (Grüner 19).

Ana Pizarro, en *Archipiélago de fronteras externas*, plantea que la historia de la esclavitud africana en el Caribe no puede entenderse o separarse de las historias de resistencia, de revueltas que la historia occidental ha intentado borrar. En la misma línea, Grüner propone que la revolución haitiana fue la primera vez que los principios de esta modernidad son verdaderamente cuestionados, en manos de sus principales víctimas: los esclavos negros. A partir de este quiebre, el autor se empezará a cuestionar hasta qué nivel llega el *sistema-mundo* colonial/esclavista hasta el día de hoy: qué piensa Latinoamérica de su historia y de sus flagelos. Hay que velar por la víctimas, “(...) sin necesidad de idealizarlas ni ‘romantizarlas’ (...)” (Grüner 23), hay hacer justicia propia, recordar, buscar la verdad. Aquí entra la idea de que Latinoamérica sí tiene un pensamiento crítico propio, pero que a menudo es colonizado o enmudecido por el eurocentrismo. Por eso, hay que destotalizarlo.

Así como el imperio es un hecho fundante de la historia de la modernidad europea, también lo es de la de las colonias. Las revueltas y resistencias al sistema colonial constituyen una crítica moderna a la modernidad europea, y también fundan la historia y cultura moderna de las naciones y pre-naciones coloniales. La literatura entonces, existirá tanto para apoyar el colonialismo “(...) la colonización no ha sido únicamente una transferencia de poder, sino que ha exigido una transformación simbólica y cultural y una profunda reordenación epistémica e intelectual” (Vega 18), como para oponer resistencia: “También la resistencia al imperio se ejerce en el ámbito textual y simbólico, al igual que la construcción de las nuevas naciones (...)” (Vega 16).

El neocolonialismo entonces es un concepto utilizado para describir la relación aún colonial o imperial que persiste posteriormente a la independencia oficial de las colonias europeas “(...) aun cuando los países en el ‘tercer mundo’ han logrado su independencia formal de las antiguas metrópolis, las realidades socio-económicas y culturales frecuentemente reproducen estructuras coloniales bajo la modalidad del neocolonialismo” (Szurmuk 220-221). Se mantiene la relación de poder y de dominación con la colonia pero de manera más indirecta: no necesaria-

mente debe haber tropas en el territorio, o ser gobernados políticamente desde la metrópolis, sino que basta con una relación de dependencia económica, que genera una fuerte influencia política y cultural en el territorio neocolonizado. El concepto es útil en tanto mi objeto de análisis son las relaciones que establece, por un lado, la industria turística, y por el otro, el propio turista con el territorio visitado en las obras seleccionadas. La dependencia económica puede establecerse a través de la instalación de grandes transnacionales como las de turismo en el Caribe:

Los Estados imperiales apoyan directamente a las instituciones financieras internacionales porque les sirven como instrumentos de penetración y control en los Estados neocoloniales, los que a su vez se alinean conforme a los lineamientos requeridos para convertirse en los garantes de la defensa de los intereses de los capitales transnacionales (Vargas 1).

Se originan así estados neocoloniales y neocolonizadores: “(...) un Estado neo-colonial que es activo, regulador e intervencionista al igual que el Estado de Bienestar o el Estado populista, pero sus actividades, reglas e intervenciones se orientan a servir los intereses del capital extranjero y de la clase capitalista transnacional” (Petras cit. en Vargas 2).

Los estudios postcoloniales estudian, en primer lugar, el *discurso colonial*: “(...) conjunto de convenciones y prácticas miméticas y simbólicas (discursivas, textuales, estéticas) que Europa despliega en su expansión territorial” (Vega 16). En segundo lugar, estudian los discursos de resistencia al sistema colonial: “(...) la literatura postcolonial no es únicamente la que viene después de la descolonización o del desmembramiento de los imperios; es la que examina críticamente el hecho imperial y la relación colonial y neocolonial o bien la que intenta resistir o subvertir activamente la perspectiva colonizadora” (Vega 17-18). El prefijo post, según Vega, puede significar tanto una posterioridad temporal, es decir, los textos escritos después de la colonia, como puede tener un sentido político, donde la crítica estudia en textos metropolitanos y de la colonia los elementos que evidencian el sistema de dominación cultural, sea como un sustento o una crítica en contra de este.

Ojos Imperiales de Mary Louise Pratt, es un libro de crítica postcolonial que analiza desde la contemporaneidad la narrativa de viajes por América y África escrita por colonizadores, o viajeros y viajeras europeos/as. Uno de sus principales planteamientos es que el acto de narrar América corresponde a “(...) un proyecto europeo de construcción del conocimiento que creó una nueva clase de conciencia planetaria eurocentrada” (Pratt 83). Significa sumir al *americano*

en la ideología de la otredad y reafirmar la autoridad “(...) urbana, culta y masculina por sobre el resto del planeta; elaboró una comprensión racionalizante, extractiva disociadora que ocultaba las relaciones funcionales y experienciales entre personas, plantas y animales” (Pratt 84).

Pienso que de este texto podemos extraer tres conceptos fundamentales: zona de contacto, transculturación y la anticonquista. El primero surge a partir de una categoría en la antropología, redefinida por Pratt así: “(...) espacios sociales donde las culturas dispares se encuentran, chocan y se enfrentan, a menudo dentro de las relaciones altamente asimétricas de dominación y subordinación, tales como se viven en el mundo de hoy” (31).

La transculturación, según Ángel Rama, es un fenómeno en el cual una cultura dominada integra activamente elementos de la cultura dominante, articulándolos junto con los elementos de su propia cultura. Las culturas dominadas seleccionan y articulan creativamente, usan y desechan lo que les sirve y no les sirve. Según Pratt es “(...) cómo los grupos marginales o subordinados seleccionan e inventan a partir de los materiales que les son transmitidos por una cultura dominante metropolitana” (Pratt 32). Estos procesos ocurren en las zonas de contacto.

Finalmente, la anticonquista corresponde al discurso de los colonizadores, construido de tal forma que es un relato de descubrimiento y no de invasión, de civilización y no de masacre: “Uso esta palabra para referirme a las estrategias de representación por medio de las cuales los miembros de la burguesía europea tratan de asegurar su inocencia al mismo tiempo que afirman la hegemonía y la superioridad europea” (Pratt 35). Una de estas estrategias sería el ejercicio de escribir crónicas de viaje desde la perspectiva de la mirada, es decir, registrar, catalogar o describir lo que el colonizador ve, transformando una historia de saqueo, violación y asesinato, en una en donde el europeo pasivamente solo observa.

La tercera parte de *Ojos Imperiales*, “La estilística imperial, de 1860 a la segunda mitad del siglo XX”, analiza nuevas formas de relatos de viajes en un mundo de orden neocolonial, en donde las relaciones de dominación se expresan en nuevas formas: el turismo es cada vez más masivo y el mundo está más interconectado. La dominación ya no existe en tanto país-colonia y país-colonizador, sino que entre territorio y capital, ya sea de empresas multinacionales o de inversiones extranjeras. En este contexto, planteo que, utilizando las categorías teóricas de Pratt, la zona de contacto entre el turista y el territorio es artificial en la medida en que no existe verdadero encuentro de culturas dado el hecho de que el turista no se expone a riesgos o rarezas extranjeras, sino que se refugia en la familiaridad, comodidad y exotismo; sucede una transculturación

artificial, ya que en los territorios anfitriones no hay selección, sino utilización de elementos residuales de la cultura para su exotización y comercialización. El discurso de anticonquista que va aparejado a este tipo de turista, sería la de la *ideología del turismo*, en otras palabras, los mitos que se tienen respecto a esta industria: “La ideología del turismo se puede resumir en los siguientes apartados: el turismo es generador de empleo y riqueza; el turismo es vía de comunicación cultural, el turismo es el camino más positivo para conservar las bellezas del mundo; el turismo es un generador de cambios sociales positivos” (Jurdao 18).

2. El ensayo anticolonial de Jamaica Kincaid: múltiples voces indignadas

I don't even want to tell you where we're at. We're in Casa de Campo. The Resort That Shame Forgot. The average asshole would love this place. It's the largest, wealthiest resort on the Island, which means it's a goddamn fortress, walled away from everybody else.

(Junot Díaz, "The sun, the moon, the stars" en *This is how you lose her*)

Mary Louise Pratt en "“No me interrumpas”: las mujeres y el ensayo latinoamericano" estudia el género ensayístico de mujeres del siglo XIX y XX, proponiendo la categoría *ensayo de género*: "(...) una serie de textos escritos por mujeres latinoamericanas a lo largo de los últimos ciento ochenta años, enfocados al estatuto de las mujeres en la sociedad. Es una literatura contestataria que se propone (...) al menos confrontar la pretensión masculina de monopolizar la cultura, la historia y la autoridad intelectual" (s/p). Estos ensayos se contraponen, o responden al *ensayo de identidad*: escritos de hombres que quieren definir la identidad y el proyecto de una nación en construcción; "El ensayo de identidad se pregunta: ¿cómo se pueden definir nuestra identidad y nuestra cultura en la etapa posterior a la independencia? ¿Cómo representar nuestra hegemonía? ¿En qué consiste —o en que debe consistir— nuestro proyecto social y cultural?" (Pratt). El ensayo femenino diferenciado del masculino, surgió debido a que ellas necesitaban una excusa o una estrategia para ser consideradas en el campo cultural. Como resultado, no escribieron lo mismo que los hombres sino que se apropiaron del género para hablar de la condición de la mujer y su relación con el proyecto nacional.

Parto este capítulo con este brevísimo resumen del argumento de Pratt, porque es interesante ver si estas categorías del ensayo latinoamericano son válidas también para *Un pequeño lugar*, un ensayo escrito en 1988, por una mujer, no solo latinoamericana sino que específicamente caribeña. La interrogante entonces es si este ensayo de Kincaid corresponde a alguna de estas dos formas de ensayo diferenciados por el género-sexual del autor o autora. Pienso que el contexto de enunciación de Kincaid le permite entrar directamente en la pregunta por lo nacional y por la identidad antigua debido a que se escribe solo siete años después de la independencia de Antigua y Barbuda en 1981. Pero, ¿se ocupa Kincaid de la posición de la mujer en la sociedad

como lo hace el *ensayo de género*, o de la identidad nacional antiguana, de su proyecto social y cultural, como lo hace el *ensayo de identidad*? Yo diría que este ensayo no cabe en ninguna de estas categorías. Primero, el ensayo no trata el tema de la posición de la mujer en la sociedad, y tampoco noto estrategias discursivas de una mujer intentando justificar su entrada al campo literario. Segundo, más que definir tentativamente una identidad nacional y un proyecto social y cultural, lo que hace la autora es mostrar por qué estos no se han podido definir: la neocolonialidad, encarnada en el turismo masivo, negocio presente en la manera en que Antigua y Barbuda se relaciona con el capitalismo globalizado o tardío, obstaculiza dichos procesos de construcción de una nación moderna y verdaderamente independiente.

Hice la distinción de que Kincaid, sí, es latinoamericana, pero es específicamente caribeña, porque por Latinoamérica en general se piensa en la parte continental, principalmente México y el sur. No creo que sea arbitrario pensando en que casi por regla, son los países continentales los que se independizan a principios del siglo XIX y los caribeños-isleños a finales del XX, los primeros por guerras, los últimos (exceptuando algunas islas como Haití y Cuba), por independencias concedidas por las metrópolis correspondientes. Es evidente que los contextos mundiales de ambas fechas fueron radicalmente diferentes y la posibilidad de empezar el proceso de construcción nacional en libertad típicamente decimonónico surge más de un siglo después. Por esto creo que en el caso del Caribe, donde el tema del colonialismo es más fuerte por razones históricas, sería interesante estudiar la posibilidad de una tercera categoría del ensayo latinoamericano: el ensayo anticolonial.

Este ensayo tiene una tradición masculina, pero ya a finales del siglo XX surge uno escrito por una mujer. Especulo que como la mujer en la década de los 80' ya tiene un espacio (si bien menos destacado y menos rescatado) seguro y definido en el campo cultural, ella ya no necesita esa excusa que necesitaron otras para hablar de lo nacional. No es necesario abordar temas nacionales desde lo femenino porque la mujer ya es, o eso está disputando Kincaid, una voz autorizada para opinar sobre el estado nacional de las cosas. Es destacable este gesto de la autora, que más que masculinizarse al apropiarse de temáticas propiamente *masculinas*, simplemente toma posesión del género literario, para construir un discurso anticolonial.

2.1 Breve genealogía de ensayos anticoloniales caribeños

A continuación pretendo analizar el carácter anticolonial de tres ensayos previos a *Un pequeño lugar*, los tres escritos por hombres y ya canónicos en la literatura caribeña.

2.1.1 José Martí

“Nuestra América” (1891) del cubano José Martí, surge en el contexto del proceso de conformación de las naciones latinoamericanas independizadas de España a principios y a mediados del siglo XIX, y el intento de independencias de otras, como Cuba. Desde Estados Unidos, escribe un ensayo cuyo valor reside tanto en su contenido como en su forma, en su dimensión estética modernista y su dimensión ideológica anticolonial.

Martí plantea que la nación no se construye a partir de individualidades, sino a partir de una identidad nacional que se conforma a través de la vivencia colectiva del tiempo, y para las naciones en conformación, construir esta identidad no termina con ganar una guerra, sino que siempre hay que estar pendientes de armar lo colectivo, no pueden importar pequeñeces en un momento tan crucial como en el que están muchas naciones americanas: recién independientes de España, pero con la amenaza de la reconquista, y también de caer en el imperialismo de Estados Unidos “Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifique al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal (...)” (Martí 31).

Martí llama a través de su retórica, a que los americanos no se conformen con la independencia, que el camino hacia la autonomía no termina allí, que el triunfo en la guerra no basta para la verdadera independencia, sino que debe haber un sustrato de identidad por detrás, donde la cultura y el pensamiento crítico propio son esenciales. Creo que este último punto sería el fundamento de este ensayo anticolonial: la denuncia de que el colonialismo no termina en los procesos de independencia, sentencia válida aún, a mí parecer, para los territorios a los que les conceden la independencia a finales del siglo XX.

El autor se preocupa por dejar en claro que liberarse de la colonia no significa la muerte de esta misma: la colonia puede seguir en el *espíritu*, y esto bloquea la posibilidad de autonomía,

y de construcción de la identidad nacional. Lo colonial para Martí, se puede ver en los casos de ex-colonias en que inmediatamente después de la independencia un grupo de criollos de élite se toman el poder y gobiernan para ellos mismos, o se disputan el poder entre ellos egoístamente dejando de lado la misión que debería ser común: conformar una nación sin oprimidos.

2.1.2 Aimé Césaire

La pregunta central que articula el “Discurso sobre el colonialismo” (1950) de Césaire, es si el sistema colonial y neocolonial es efectivo para civilizar pueblos, que, en ojos europeos, son bárbaros. Se va a cuestionar la relación entre colonialismo y civilización. La tradicional oposición latinoamericana entre civilización y barbarie, para la historia del continente Americano y el Caribe, pasa de, en un principio representar la oposición entre el colonizador y colonizado respectivamente, a la inexistencia de la civilización en ambas partes dentro de un sistema de dominación colonial: tanto el colonizado como el colonizador, terminan por ser barbarizados/as, y barbarizarse. En el primer caso, al ser esclavizados/as, maltratados/as, privados/as de educación, cultura y territorio propio, no hay otra opción que comportarse como, o caer en lo que se denomina barbarie. El colonizador en cambio, se barbariza porque el acto de colonizar es bárbaro: se le niega la humanidad a ambos extremos de la relación de poder.

Césaire, tomando en cuenta que el público al que se dirige es blanco, no se centrará en los/as negros/as, sino que en los blancos y su participación en el sistema colonial. Hará una relectura de este sistema, negándole su justificación: la de civilizar a los pueblos, pues nada en el colonialismo es civilizado.

En el contexto del fin de la Segunda Guerra Mundial, con el flagelo del nazismo aún presente y todas las consecuencias que significa el hecho de que el hombre blanco haya sido capaz de tal barbaridad para con sus pares blancos también, Césaire utilizará esta nueva sensibilidad en su argumentación. Planteará que Hitler no es un desvío del progreso de Occidente, sino que sigue perfectamente su manera de actuar, pero que esta vez, las víctimas fueron ellos mismos, (o al menos no fueron negros).

Justo en el momento en que los y las europeos/as se preguntan cómo es posible que ocurriera un fenómeno como el nazismo, Césaire dirá que es solo una continuación de la *razón ins-*

trumental de la modernidad que han empleado por siglos. “Que occidente inventó la ciencia. Que solo Occidente sabe pensar; que en los límites del mundo occidental comienza el tenebroso reino del pensamiento primitivo, el cual, dominado por la noción de participación, incapaz de lógica, es el prototipo del falso pensamiento” (37).

Lo destacable a mí parecer de esta reflexión es que tiene mucho que ver con el proceso que llevan a cabo grupos subalternos para tomar consciencia de su condición de dominado/a, para finalmente intentar superarla: Césaire no idealiza al negro: ya no se trata de enaltecer al negro y su historia, que si bien es un primer paso, también es cierto que significa muchas veces caer en valorizarlo pero dentro de el sistema que lo oprimió, es decir, en algún grado justificarlo. El autor, tomando en cuenta que su público es blanco, no va a hacer una apología al negro, sino que elocuentemente da cuenta de lo perjudicial que es el sistema colonial para los blancos también, y por qué así como se horrorizan con el nazismo, deberían tener la misma aversión hacia el colonialismo.

El autor tampoco tiene la ingenua pretensión de volver atrás, sino que busca crear lo que el llama una *nueva sociedad*, y el rol del blanco y de las naciones colonizadoras es estimular su creación. Césaire no quiere rechazar al europeo, y menos dirigiría su discurso por ese camino tomando en consideración que su público es europeo. Lo que quiere denunciar es que la manera en que Europa ha sido construida, es, en sus palabras, indefendible: colonialismo, genocidio, esclavitud y explotación como fundamentos de su era moderna.

2.1.3 Frantz Fanon

En los primeros capítulos de su libro *Piel negra, máscaras blancas* (1952), hay un intento, a partir de la sicología, de mostrar y explicar el comportamiento del sujeto negro/a en una sociedad racista. Más específicamente analiza las estrategias a las que recurren los negros y negras para *blanquearse*.

Lo primero que se explora es la pregunta de “(...) por qué le gusta al antillano hablar francés” (55). El lenguaje para Fanon es una forma de pensar, “Y el hecho de que el negro que acaba de desembarcar adopte un lenguaje distinto que el de la colectividad que lo vio nacer manifiesta un desajuste, una división” (54). Por esto, el hablar francés es para el negro, una forma

de blanquearse, de querer pertenecer al blanco, y no al negro, es una manera de decir que él sí es como ellos porque se comunica como ellos, y por eso incluso caen en la sobre-corrección. Es un negro que no quiere ser negro: el perfecto individuo para un sistema hegemónico donde el dominado no cuestiona los principios del sistema, sino que se adhiere a él, lo acepta, e intenta encontrar una solución dentro de él, el ser más blanco, el parecerse a, el actuar como, la negación de su origen.

Ahora bien, el mismo acto de blanquearse, da por supuesto una oposición de lo que es “propiamente blanco” y de lo que es “propiamente negro”, donde la cultura, la civilización y el estudio es blanco, y es eso lo que el negro quiere ser. El objetivo de Fanon es que antes de que el negro acepte que es negro, quiere que primeramente no acepte este binarismo, o lo que históricamente y simbólicamente la hegemonía blanca le ha dicho que es. “Lo importante no es educarlos, sino que conseguir que el negro no sea el esclavo de sus arquetipos” (60). Esta esclavitud, se refiere a que tenga que constantemente probar que no son como se dice que los y las negros/as son: bárbaros/as, no inteligentes, etc. “Pero nuestro objetivo es otro muy distinto: lo que queremos es ayudar al negro librarse del arsenal complexual que ha germinado en el seno de la situación colonial” (57).

2.2 Jamaica Kincaid: el turismo masivo y el turista neocolonial

Beriault propone que el turismo, en *No telephone to heaven* de Michelle Cliff y *Un pequeño lugar* de Jamaica Kincaid, vacía el espacio en tanto ve al territorio como una tabula rasa. Los habitantes existen solo como las empresas turísticas quieren que existan, las playas están vacías para el uso del turista. Es un espacio vacío de cultura e historia: “(...) Kincaid and Cliff disrupt the tourism industry’s construction of Antigua and Jamaica as places that are isolated from historical and social processes” (Beriault 660). Ante esta des-historización por parte del ejercicio del turismo, las autoras vendrán a re-historizarla desde una perspectiva periférica:

In other words, Kincaid and Cliff enable a peripheral perspective that has been silenced in dominant historical accounts of the Caribbean, and which in turn produces the conditions of possibility for the locals to articulate what Sharae Deckard (2016) calls “a coun-

ter-history of capitalist modernity that restore[s] history to the neoliberal present” (61). (Beriault 660)

Si bien el texto tiene un objeto de estudio diferente al mío, ya que el análisis de *Un Pequeño Lugar* y *No Telephone to Heaven* parte desde supuestos teóricos del espacio según David Harvey y Henri Lefebvre, las conclusiones a las que llega, desde el gesto colonial de ver el territorio como espacio en blanco, hasta transformar el territorio en un supuesto paraíso para el turista, pero nunca para el habitante real y permanente, me parecen acertadas y útiles para mi propio análisis. Sin embargo, cabe decir que el texto olvida analizar la construcción textual de las obras como discursos políticos, cuestión que será central en mi análisis.

El segundo texto que es un aporte a esta investigación, analiza *Un Pequeño Lugar*, desde la categoría teórica de la nación. La tesis fundamental de McLeod, es que Kincaid en esta obra remitologiza, (luego de desmitologizar lo que la industria del turismo construyó), a Antigua. Creo que es cierto que el turismo crea una imagen sobre Antigua, y por lo tanto de otras islas caribeñas, (con intereses evidentemente comerciales). Lo hace a través del vaciamiento histórico, y la creación de un paraíso artificial, aparentemente natural. Sin embargo, yo no diría que lo que hace Kincaid es precisamente construir una nueva historia, sino que es destruir la existente. No existe un proyecto consistente de encontrar una identidad antiguana, o de la construcción de la nación, sino que si existe esa búsqueda, es como resultado de la destrucción del relato oficial impuesto por los intereses comerciales del turismo. Más que plantear soluciones, Kincaid está para denunciar problemas y formular interrogantes.

Un segundo planteamiento interesante que hace McLeod, es que a Antigua le ha costado construirse como nación porque justamente lo que hace el turismo, y la independencia oficial, es transformar la identidad de Antigua en una negación: Antigua es por lo que Reino Unido no es, Antigua es por ser un no-lugar, un país que no ha seguido los patrones hegemónicos y europeizantes de la modernización británica.

Para esta tesis, los objetos de estudio a analizar de *Un pequeño lugar* son dos: la representación y caracterización que se realiza, en primer lugar, del turismo masivo, y en segundo, del sujeto turista. Para esto mi eje de análisis será detenerme en la multiplicidad de voces contenidas en el texto: una que parodia una guía turística, otra que se toma la voz, el pensamiento y el actuar del turista, y por último, la voz autorial.

La primera voz, la más fácil de reconocer, se dedica a dar consejos al turista al que está dirigido el discurso. De hecho, la primera oración del texto, podría perfectamente ser la de una guía turística: “If you go to Antigua as a tourist, this is what you will see” (Kincaid 3). Lo primero en lo que tengo que detenerme aquí, es en el hecho de que la narradora se dirige a un tú. Ese tú aparecerá a lo largo de todo el ensayo y constituye no solo el receptor del discurso, sino que además se transformará en el personaje de la narración. Kincaid imagina al lector como un turista, blanco y metropolitano: su *lector-turista*. La narración no solo va a describir lo que el lector-turista va a pensar, sino que lo que va a decir e incluso hacer, y en esta cita entonces no solo identifico la voz paródica sino que también la que ordena al turista.

If you come by aeroplane, you will land at the V. C. Bird International Airport. Vere Cornwell (V. C) Bird is the Prime Minister of Antigua. You may be the sort of tourist who would wonder why a Prime Minister would want an airport named after him — why not a school, why not a hospital, why not some great public monument? You are a tourist and you have not yet seen a school in Antigua, you have not yet seen the hospital in Antigua, you have not yet seen a public monument in Antigua (Kincaid 3).

Es el lector el que aterriza, al que se dirigen las recomendaciones, y posteriormente, el que “participa” en un diálogo fingido por la autora entre él y ella. Todo evidentemente como estrategia discursiva de apelación, de avergonzar a esa persona que se sienta identificada, incluso el lector puede sentirse ofendido por el hecho de que se asuma que todo turista es así, pues puede pensar “Yo viajo, pero no soy *ese* turista”. Pero para Kincaid eso no es relevante, su estrategia es de interpelación, y surge desde su subjetividad colonial y subalternizada: poco le importa distinguir entre estos nuevos colonizadores si ellos jamás los distinguieron a ellos. Si bien esta generalización es cuestionable, hay que considerar desde qué posición de poder surge: ante la impotencia de una antiguana que no tiene el poder de afectar la industria turística, y menos de incidir en su estructura colonial, lo único que le queda es el discurso.

La voz de guía turística continúa: “(...) in this place (Antigua) where the sun always shines and where the climate is deliciously hot and dry (...)” (Kincaid 4). Parece estar describiendo a Antigua positivamente, vendiendo la experiencia caribeña o antiguana del sol, la playa y la tranquilidad. Sin embargo, esta voz pasiva a merced del turista-consumidor, se verá completamente subvertida cuando comienzan las recomendaciones mordazmente irónicas: “(...) so you needn’t let that slightly funny feeling you have from time to time about exploitation, oppres-

sion, domination develop into full-fledged unease, discomfort; you could ruin your holiday. They are not responsible for what you have; you owe them nothing” (Kincaid 10). Estas recomendaciones son también parte de la voz autorial porque la ironía es subversiva en tanto literalmente subvierte el significado de una oración, y solo su utilización ya nos caracteriza la esta voz presente en el texto: es crítica, combativa y a la hora de hablar del colonialismo y de la industria turística será incluso subversiva.

La cita anterior deja de manifiesto uno de los ejes temáticos del texto: el turismo tiende a borrar la historia de dominación, opresión y explotación que constituyó el colonialismo y sigue constituyendo el neocolonialismo. Este borramiento se debe a que la industria turística no quiere que sus consumidores se enteren, o piensen detenidamente en lo que su procedencia significa para el Caribe, ni tampoco en lo que significa ser un consumidor metropolitano de turismo caribeño a finales del siglo XX. Pero Kincaid se esforzará para que su *lector-turista* sí se entere.

Ahora bien, ¿qué es lo que significa simbólicamente 1) la instalación, por parte de capitales extranjeros, de una industria turística en el Caribe, y 2) el acto mismo de que un metropolitano sea turista en esos territorios? La pregunta directa o indirectamente nos la responde Kincaid a través de la voz autorial, que puede tomar forma de opiniones directas, o puede desprenderse de las otras voces identificadas con anterioridad.

Para responder aquellas preguntas, primero debo destacar que la autora explica, con no mucha amabilidad, el por qué de su enojo y de su resentimiento en contra del europeo-estadounidense, y por extensión, del/a turista:

You have brought your own books with you, and among them is one of those books about economic history, one of those books explaining how the West (meaning Europe and North America after its conquests and settlement by Europeans) got rich: The West got rich not from the free (free—in this case meaning got-for-nothing) and then undervalued labour, for generations of the people like me you see walking around you in Antigua but from ingenuity of small shopkeepers in Sheffield and Yorkshire (Kincaid 9-10).

Cuando digo que existe una voz que se toma la del turista, su pensamiento y su actuar, me refiero a que no hay consentimiento ni posibilidad de diálogo con la autora. Kincaid aprovecha su posición de escritora y hace del lector su personaje, y por lo tanto, en un ente que depende

completamente de su voluntad creativa, tal como vemos en esta cita: la autora está direccionando el actuar de su personaje, que resulta ser también su lector.

Al analizar el fragmento expuesto, me veo obligada a volver a lo que expuse en el primer capítulo: que son varios los y las intelectuales que sostienen que la historia del capitalismo se fundó con el colonialismo ejercido por Europa en contra de sus colonias americanas y africanas, y que no se entiende la historia moderna del progreso europeo sin esta masacre, explotación, desposesión y violación masiva que se llevaron a cabo en estos continentes. Desprendo de esta cita, que Kincaid adhiere a esta posición, manifestándola a través de la evidente ironía, o directamente: “(...) for not only did we have to suffer the unspeakableness of slavery, but the satisfaction to be had from ‘We made you bastards rich’ has been taken away too” (Kincaid 10).

En esta cita además, el hecho de que el turista lea libros que justifican o minimizan la historia de conquista y masacre de sus antepasados, es un claro discurso de anticonquista. Como expliqué en el capítulo anterior, la anticonquista es una categoría teórica que refiere a las estrategias que utilizaban los conquistadores en sus relatos de viaje para minimizar o para excusarse de las atrocidades que se cometieron en sus exploraciones y conquistas. Creo que esta categoría sigue vigente en el mundo neocolonial del turismo: estos viajeros también buscan negar el gesto simbólicamente neocolonial que significa el ser turista metropolitano en el Caribe. Tanto el libro de la cita como el hipotético lector del libro que nos narra Kincaid, son discursos de anticonquista en la medida en que el texto intenta derechamente esconder el origen de la riqueza y de la modernidad actual europea, y el lector, se reconforta en que eso es real, apaciguando su conciencia, justificando su actuar.

Otro discurso de anticonquista, pero esta vez uno no del turista sino de la industria turística, es lo que Jurdao denomina “La ideología del turismo”:

El turismo internacional se presentaba como una panacea para los países menos desarrollados como un maná del cielo. La (...) (OCDE) decía que en él se concentraba un potencial de crecimiento casi ilimitado, tanto el Banco Mundial como las Naciones Unidas se lanzaron a promoverlo en los países en vías de desarrollo. (...) La ideología del turismo se puede resumir en los siguientes apartados: el turismo es generador de empleo y riqueza; el turismo es vía de comunicación cultural, el turismo es el camino más positivo para conservar las bellezas del mundo; el turismo es un generador de cambios sociales positivos.” (Jurdao 18).

Creo que podemos ampliar el concepto de anticonquista entonces, ya no solo como un discurso subjetivo de un viajero, sino como cualquier discurso legitimador de la invasión: primero lo vimos en los conquistadores, luego en el libro que Kincaid coloca en el ensayo que niega que la riqueza europea provenga de la explotación, para finalizar en construir una ideología del turismo, una positiva, una de progreso capitalista.

Es muy importante notar que la autora no puede, (o no quiere), separar la historia colonial del Caribe o de Antigua del fenómeno del turismo masivo, porque este último no existe sin el primero, porque la industria turística masiva que comienza a finales del siglo XX es solo la continuación de dicha historia colonial. Como nos describió Kincaid irónicamente, la razón verdadera de la riqueza del *Este* (The West) es primero, el trabajo gratuito (esclavitud), y luego mal pagado (colonialismo y neocolonialismo) de los colonizados. Esa transición, desde la esclavitud al trabajo mal pagado, no es sino la historia del capitalismo, donde la existencia del esclavo y de la esclava no tiene sentido si pensamos que en lo que se sustenta dicho sistema económico es en la división del trabajo, en la iniquidad de pago, y en el consumo de bienes materiales, y más adelante, inmateriales, y nada de eso se puede hacer sin un sueldo, por miserable que sea.

Así como la forma de trabajo del colonizado cambia debido a la expansión del capitalismo, desde la esclavitud a la explotación, el colonialismo cambia sus formas en la medida en que el sistema capitalista lo hace: la conquista significó el saqueo de las tierras colonizadas y asesinato o esclavitud de sus habitantes, para luego, con la internacionalización de las economías, ser condenados a ser economías periféricas. Todo para que finalmente, en el denominado capitalismo tardío o postindustrial de la posmodernidad, no solo sigan siendo las economías o flujos de capital caribeños periféricos, sino que además con la división mundial del trabajo, al Caribe le toca ser el anfitrión del placer y esparcimiento del mismo pueblo que antiguamente los esclavizó, y que ahora, debido a la dependencia económica aún después de la concesión de las independencias, los neocoloniza.

Es ese el carácter anticolonial de este ensayo: así como Martí profesaba que el colonialismo no termina con las independencias americanas del siglo XIX, Kincaid sostiene la misma tesis pero en un contexto completamente diferente: ya no nos encontramos en los primeros procesos de independencia y modernización latinoamericanos, tampoco en un capitalismo incipientemente global. Nos encontramos a finales del siglo XX, una época particularizable de la globalización dada su radicalización. Lo que denuncia Kincaid es finalmente lo que denunciaba Martí:

la neocolonización, es decir, el colonialismo posterior a la independencia reconocida de una ex-colonia, manifestada en nuestro caso, en el turismo.

Sin embargo Martí le hablaba a sus compatriotas, mientras que Kincaid hace del turista metropolitano su lector-personaje. En ese sentido, se parece más a Césaire que le habla directamente al “enemigo”. Pero, quizás debido a que el martiniqués dirige su discurso en persona al metropolitano y Kincaid se ve protegida detrás del libro, él es más *amable* que ella en tanto ocupa estrategias para suavizar sus palabras, para ser menos directo. La autora en cambio si no es directa es porque está siendo irónica: así no solo ataca a su lector sino que se burla de él.

La relación entre blanco y negro que analizará Kincaid, ya no es la de Fanon, en tanto ella se sitúa en su propio territorio: es el blanco el que llega al territorio de negros y no es el negro el que está en medio de un territorio poblado mayoritariamente por blancos. Esto cambia radicalmente la relación blanco-negro: “They do not like you. They do not like me! That thought never actually occurs to you” (Kincaid 17). Vemos como Kincaid se toma la voz del/a lector/a como si este/a le estuviera contestando, sorprendido/a por la revelación de que para los/as habitantes del territorio visitado, él/ella es un ser desagradable: “An ugly thing, that is what you are when you become a tourist, and ugly, an empty thing, a stupid thing, a piece of rubbish pausing here and there to gaze at this and taste that, and it will never occur to you that people that inhabit the place in which you have just paused cannot stand you” (Kincaid 17).

Entonces, en primer lugar, este es un ensayo anticolonial porque denuncia que el turismo masivo es síntoma y agente neocolonizador, y en segundo lugar, porque ataca personalmente al turista cómplice, que no solo ignora o decide ignorar lo que sus ancestros le hicieron a estas islas, y lo que simbólicamente significa que ahora ellos estén pacíficamente turisteando: “They don’t seem to know that this empire business was all wrong and they should, at least, be wearing sackcloth and ashes in token penance of the wrongs committed, the irrevocableness of their bad deeds, for no natural disaster imaginable could equal the harm they did” (Kincaid 23-24). Le indigna a Kincaid el hecho de que puedan, los/as turistas, pasear por Antigua sin sentir vergüenza por el pasado colonial del territorio que están pisando. En términos de Pratt, la zona de contacto entre turista y habitante se hará artificial, porque como el turismo es un servicio hecho para el turista, ellos naturalmente son los que van a vencer en la disputa cultural que es la transculturación. Con el poder del dinero, el turista transforma el territorio nacional en uno hecho para su placer.

A mi modo de ver, lo que simbólicamente representa el turista es la impunidad de los crímenes de la conquista y colonia, en tanto no solo los metropolitanos siguen siendo los países ricos en el orden mundial, sino que además no parecen tener en su conciencia el genocidio que cometieron, y menos existe el sentimiento de remordimiento.

Hasta ahora he planteado que el turista es ignorante de su historia y no sabe cómo esta se relaciona con la de los lugares que visita, y eso los hace cómplices de la neocolonialidad del acto de turistear de la forma en que se hace en el turismo masivo posmoderno. Sin embargo, no me he detenido en analizar cómo Kincaid los describe como sujetos.

From day to day, as you walk down a busy street in the large modern prosperous city in which you work and live, dismayed, puzzled (a cliché, but only a cliché can explain you) at how alone you feel in this crowd, how awful it is to go unnoticed, how awful it is to go unloved, even as you are surrounded by more people that you can possibly to get to know in a lifetime (...) But one day, when you are sitting somewhere, alone in that crowd, and that awful feeling of displacedness comes over you, and really, as an ordinary person you are not well equipped to look too far inward and set yourself aright (...) you make a leap from being that nice blob just sitting like a boob in your amniotic sac of the modern experience to being a person visiting heaps of death and ruin and feeling alive and inspired at the sight of it (Kincaid 16-17).

Lo primero que debemos destacar que caracteriza al turista, es que es el sujeto moderno en crisis: “Raymond Williams observa que la historia moderna del sujeto individual une dos significados definidos: por un lado, el sujeto es ‘indivisible’, una entidad que está unificada dentro de sí misma y no puede ser dividida más; por otro lado, se trata, asimismo, de una entidad que es ‘singular, distintiva, única’” (Hall 7). La ciudad moderna, su hábitat natural, no le basta y la experiencia moderna se transforma en una desagradable: le genera crisis existenciales cuestionando su indivisibilidad y su carácter distintivo, en alguien esperable y con nada fuera de lo común, no único. Esta indiferenciación con la masa lo hace querer escapar. Sin embargo, Kincaid despedaza ese deseo de conocer algo diferente, de ser alguien diferente viajando a lugares distintos, tildándolo de cliché: en tanto el sujeto moderno lleva tanto tiempo en crisis que hasta el escape de él se volvió regular. “But the banality of your own life is very real to you; it drove you to this extreme, spending your days and your nights in the company of people who despise you (...)” (Kincaid

18). La línea que despliega Kincaid así, es la de la crítica a la modernidad, sin caer en lo reaccionario, y eso es común en todos los ensayos anticoloniales que revisé.

Lo que denuncia Kincaid en este sujeto supuestamente moderno e ilustrado, es que ellos no cumplen con esos principios: no existe igualdad en el mundo del turismo y la propia Kincaid lo explicita:

Every native everywhere lives a life of overwhelming and crushing banality and boredom and desperation and depression, and every deed, good and bad, is an attempt to forget this. Every native would like to find a way out, every native would like a rest, every native would like a tour. But some natives —most natives in the world— cannot go anywhere. They are too poor. (...) They are too poor to escape the reality of their lives (18-19).

Surge aquí el tema del turismo como escapismo, pero un escape que pocos puede costear. Entonces no solo se ve el principio de la igualdad cancelado, sino que también el de la libertad: en tanto libertad en este caso significa tener el dinero para comprarla. La otra pregunta que subyace al discurso de Kincaid es la de qué tan defensor de la libertad se puede ser al defender un orden mundial en donde países están condenados a la periferia para que los centrales subsistan. Cómo puede un defensor de la libertad, esa misma que le otorga la posibilidad de vacacionar, ser cómplice de una industria que neocoloniza sus habitantes, etc.

La conclusión final es que el sujeto turista no es el sujeto moderno por excelencia en tanto su actuar representa todo lo contrario a los principios de la modernidad: la expansión ilimitada del dominio racional, la autonomía y el control de la naturaleza. El primer punto podremos analizarlo mejor en el siguiente capítulo, con la caracterización hedonista y *bovina* del turista. El segundo elemento es puesto en jaque pues la autonomía del turista cancela la del colonizado, en tanto su existencia necesita de ese otro, cuestión que funciona igual cuando hablamos de la industria turística en su globalidad: todos los países son potencialmente turísticos, pero en pocos este servicio es abrumadoramente el sustento de sus economías nacionales, así como menos son los países que consumen y disfrutan de dichos servicios. La industria turística, en el caso de este ensayo, logra a cabalidad su cometido de borrar la historia colonial de sus territorios, pues el turista personificado no parece tener idea de ella. Más que un turista malicioso o perverso, es uno ingenuo e ignorante, que de cierta forma, es más insultante en tanto por lo menos la primera du-

pla de adjetivos describen a alguien con voluntad y pensamiento propio, característica, a fin de cuentas, del sujeto moderno.

3. El discurso posmoderno de anticonquista de David Foster Wallace

Ser turista de masas, para mí, equivale a convertirse en un puro americano de los tiempos que corren: foráneo ignorante, codicioso de algo que nunca se puede tener y decepcionado de una forma que nunca se puede admitir. Implica estropear, en virtud de la pura ontología, la misma cosa no estropeada que uno ha ido a experimentar. Implica imponerse a uno mismo sobre lugares que en todos los sentidos menos el económico serían mejores y más reales si uno no estuviera. Implica, en las colas y en los atascos y en las transacciones sin fin, afrontar una dimensión de uno mismo que resulta tan ineludible como dolorosa: en tanto que turista, te vuelves económicamente significativo pero existencialmente aborrecible, como un insecto posado sobre algo muerto ...

(David Foster Wallace, *Hablemos de langostas*. Barcelona: Mondadori, 2007)

En este capítulo analizaré la representación del turismo masivo y el sujeto turista en la segunda obra escogida para esta tesis: *Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer* del estadounidense David Foster Wallace, que si bien la crítica de esta obra es prácticamente inexistente, sí es claro que se introduce al autor en la corriente posmodernista de la narrativa estadounidense. Para esto primero debo abordar el problema del género literario del texto: ¿qué significa la reutilización de la crónica o el relato de viajes en pleno periodo posmoderno desde una posición metropolitana? ¿qué diferencias significativas se encuentran entre este texto y los anteriores relatos de viaje de conquista? y nuevamente, ¿qué significa ser turista metropolitano, y en este caso además, ser un hombre blanco, en antiguos territorios coloniales y actualmente neocoloniales, como lo son los caribeños?

3.1 Sobre el género de la crónica de viaje

Mary Louise Pratt en *Ojos Imperiales*, nos advierte de las “(...) diversas maneras en que los relatos de viajes están siendo reciclados con miras a representar la nueva ola de globalización desde 1980” (Pratt 25). Es justamente esa la problemática a estudiar en la primera parte de este

capítulo: de qué forma está siendo reutilizada la crónica de viaje en el periodo que en el primer capítulo describí de discutiblemente posmoderno. Para esto utilizaré el análisis que hace la propia Pratt de los relatos de viaje de los conquistadores y exploradores de América y África. Lo primero que debo destacar es que las razones del por qué utilizar ese género en el caso de los exploradores y en el de Foster Wallace, son, a mi modo de ver, radicalmente diferentes.

Según Pratt,

(...) las transiciones históricas importantes alteran la manera en que la gente escribe porque alteran sus experiencias y, con ello, también su manera de imaginar, sentir y pensar el mundo en el que viven. Por lo tanto, las modificaciones de la escritura siempre nos dicen algo sobre la índole de los cambios (Pratt 26).

Cuando dice *la manera en que la gente escribe*, creo yo que puede referirse a, o que que es relacionable con, el surgimiento de los géneros históricos modernos: es decir, cuando se toman los recursos a disposición del creador o creadora y los transforman o los readecuan proponiendo otra cosa, como por ejemplo, el caso de la novela moderna. En esta línea, se puede decir que el relato de viaje de los exploradores en América y África en el siglo XVII es un género histórico en tanto toma elementos literarios que ya existen, como por ejemplo los relatos de viaje anteriores a la modernidad, pero los readecuan a la realidad material del viaje y al horizonte de expectativas del viajero. Pratt propone que hay, en los textos del corpus que estudia, una intencionalidad política vinculada a este género y es el de construir un imperio mundial, que se sustente no solo material sino también ideológicamente.

Para Pratt la razón de ser de los relatos de viaje imperiales es clara: responde a la ideología del Imperio de incluir en el imaginario a los colonizados, creando un relato positivo y significativo para los habitantes metropolitanos de la exploración y conquista, aunque ellos no hayan sido los beneficiados de estas exploraciones o del orden imperial² (23-24): “Un proyecto europeo de construcción del conocimiento que creó una nueva clase de conciencia planetaria eurocentrada” (83). Por esto se utiliza un género cuya verosimilitud es alta, en el sentido de que el pacto con el lector supone, o suponía, que lo que estaba escrito era efectivamente lo que había sido visto y hecho por el explorador.

² Claro es el ejemplo de España donde a finales del siglo XIX intelectuales comienzan a cuestionarse la grandeza del Imperio Español, enfatizando en el hecho de que la condición de vida de la población común no sufrió cambios significativos.

Lo que hace Foster Wallace es completamente distinto al gesto estético-político de estos exploradores. Mi hipótesis es que su motivación a la hora de reutilizar el género histórico del relato o crónica de viajes no es ni estética ni política, o al menos no encuentro un proyecto político ni estético al analizar el texto. Además, no creo que exista una readecuación del género a la realidad coyuntural del escritor. Él no utiliza lo que ya existe con un sentido final de subvertir o crear algo nuevo: utiliza el género histórico porque le es práctico, no para innovar. Lo que al fin y al cabo, es el fin del gesto moderno de la innovación, y el inicio del posmoderno del pastiche.

3.2 El pastiche

El pastiche según Jameson es la parodia sin burla, es decir, se imita el género sin un sentido final, sin una intención de subvertir o burlarse del género. Lo vacía de historia y sentido, gesto que también es muy posmoderno.

No quiero ser categórica al decir que no existe discurso crítico en *Algo...*, lo que planteo, es que si existe una crítica, está dirigida al turista norteamericano, al turismo masivo en forma de crucero, pero no existe reflexión en torno a las fuerzas que lo conforman: la neocolonialidad del turismo, el reparto mundial del trabajo, y finalmente, al funcionamiento del capitalismo tardío en la era globalizada. Foster Wallace-personaje se avergüenza de sí mismo y de sus connacionales, le da vergüenza ajena la excesiva hospitalidad y el servicio innecesario: “En una semana he sido objeto de mil quinientas sonrisas profesionales” (Foster Wallace 471), se burla del turista promedio intentando desesperadamente no serlo, “(...) he visto casi desnuda a un montón de gente a quien habría preferido no ver en ningún estado parecido a la desnudez” (Foster Wallace 472), pero no evidencia ni en sus elecciones estéticas, ni en su construcción discursiva un proyecto político detrás del texto.

3.3 El fin de los grandes relatos

El fin de los metarelatos o de los grandes relatos es otra característica del posmodernismo expuesta también por Jameson, que va de la mano con el concepto de pastiche. Así como este último significa la desaceleración del afán moderno de innovar en las formas del arte, los relatos

posmodernos con estructura de pastiche, perderán fe en que puedan sostener la propuesta de los grandes relatos:

(...) son aquellos que han marcado la modernidad: emancipación progresiva de la razón y de la libertad, emancipación progresiva o catastrófica del trabajo (fuente de valor alienado del capitalismo), enriquecimiento de toda la humanidad a través del progreso de la tecnociencia capitalista, e incluso, si se cuenta al cristianismo dentro de la modernidad (opuesto, por lo tanto, al clasicismo antiguo), salvación de las criaturas por medio de la conversión de las almas vía el relato crístico del amor mártir. La filosofía de Hegel totaliza todos estos relatos y, en este sentido, concentra en sí misma la modernidad especulativa (Lyotard 29).

Como menciona Lyotard, los grandes relatos que llegan a su fin, entre otros, son el del cristianismo, el de la ilustración, el de la modernidad, el marxismo, el capitalismo y el del arte como emancipación. Todos estos tenían un fin definido: los metarelatos son teleológicos. El tener un fin establecido significaba estar mirando siempre hacia el futuro, y el fin de esa mirada siempre adelantada, nos obliga a pensar en un presente: según Harvey “la reducción de la experiencia a «una serie de presentes puros y desvinculados» implica además que «la experiencia del presente se vuelve poderosa y abrumadoramente vívida y ‘material’” (72), y como veremos en este capítulo, el relato de viajes de Foster Wallace efectivamente se compone de una serie de presentes que no son articulados con un sentido final.

El gran relato del Imperio presente en la literatura de viajes que estudia Pratt ya no existe en el texto de Foster Wallace. Él no hará una apología del relato de la modernidad por las lujosas instalaciones en las que se encuentra, no alabará al capitalismo por hacer posible su experiencia en el crucero, y menos defenderá el que yo denominaría gran relato del “sueño americano”, pues Foster Wallace durante todo el relato detesta ese ser estadounidense.

3.4 El relato de viajes posmoderno de David Foster Wallace

Como dije en el primer capítulo, Filardo propone que el turismo puede ser visto como un fenómeno moderno y posmoderno. En el primer caso se puede ver cómo la modernización de los estados desarrollados permite conquistar el derecho al descanso, a vacaciones pagadas, y gracias

a esto un grupo no menor de habitantes de estos países disfrutan como privilegio de clase del fenómeno de la globalización, y pueden ir a vacacionar a cualquier parte del mundo, existiendo la tecnología y la información necesaria para hacerlo. Sin embargo, este brazo de la modernidad llega a pocos. Los habitantes del Caribe, y aquí podemos entrar en diálogo con Kincaid, no tiene este derecho (exceptuando una élite muy menor), solo recibe turistas pero pocos antillanos llegan a serlo. Por esto se pone en tela de juicio esta globalización pues no todos pueden conectarse con todos. El turismo como fenómeno posmoderno, se sostiene con la idea que reproduce una hiperrealidad, en el sentido de que por ejemplo, el crucero en que Foster Wallace viaja, no *representa* la idea occidental del paraíso caribeño, sino que la *construye* a partir de dicho modelo simbólico.

Como turista *forzado*, ya que está siendo remunerado por su estadía a cambio de un artículo, “Cierta revista chic de la Costa Este aprobó el resultado de enviarme el año pasado a una simple feria estatal para escribir una especie de ensayo errático” (Foster 469), el cronista no quiere caer en los vicios que tanto Kincaid como el propio estadounidense denostan del fenómeno turístico. Para esto, en vez de confrontar a estos personajes turistas que ambos autores caracterizan, se marginará lo más posible de sus compañeros y compatriotas: se distanciará de sus acciones, de sus dichos, pensamientos, etc. El narrador-personaje-turista se recluirá lo más posible en su habitación, en las comidas más que conversar escuchará, y se enfocará en escribir su artículo.

El propio relato establece una clara temporalidad del momento de enunciación: él escribe desde que está en la fila esperando entrar al crucero, hasta una semana después del término de su viaje. Narra en presente como si estuviera registrando todo lo que ve, lo que escucha y lo que piensa al respecto, pero no sin una introducción de un presente posterior al término de la escritura del artículo:

Es sábado, 18 de Marzo, y estoy sentado en la cafetería abarrotada del aeropuerto Fort Lauderdale, matando las cuatro horas que separan el momento de bajar del crucero de la salida de mi vuelo a Chicago, intentando componer una especie de collage sensorial hipnótico de todo lo que he visto y oído y hecho como resultado del encargo periodístico que acabo de terminar (Foster Wallace 469).

Ahora bien, lo complicado del género de la crónica o el relato de viaje, es que tiene un pacto de verosimilitud con el lector muy alto. Pero evidentemente el autor selecciona lo que escribe y cómo escribirlo: puede dramatizarlo, inventar sucesos etc. Digamos que la situación de enunciación es real, Foster Wallace sí viajó en un crucero a pedido de un revista para cruceros de

lujo, pero lo que se narra a partir de allí depende exclusivamente de él. De hecho, cualquier lector, de no comprobar que esto se basó realmente en dicha anécdota, perfectamente podría pensar que es una novela.

Sabemos que lo que se vende de la imagen del Caribe en el exterior son sus paisajes, las aguas azules, verdes o transparentes, sus playas de arena fina, las palmeras, etc. Adentrándonos en las descripciones que hace el narrador, lo más destacable es que describe lo mismo, pero con comparaciones que resaltan su artificialidad o, en otras palabras, como hiperrealismo, como constructo:

He visto playas de sacarosa y aguas de un azul muy brillante (...) He notado el olor de la loción de bronceado extendida sobre diez mil kilos de carne caliente (...) He visto atardeceres que parecían manipulados por ordenador y una luna tropical que parecía más una especie de limón obscenamente grande y suspendido que la vieja luna de piedra de Estados Unidos a la que estoy acostumbrado (Foster Wallace 469).

Sacarosa, loción bronceadora, manipulación fotográfica: artificialidades con las que compara las maravillas caribeñas. Esto no significa que el mar no sea bello, sino que la perspectiva del autor es evidente al encontrar que su experiencia fue forzada, un producto comercial. Por esto concluyo que el personaje Foster Wallace es un turista escéptico con respecto al producto que está consumiendo.

No sorprende que la esfera de los antillanos, las tierras que visitan en el crucero, queden prácticamente fuera del texto explícito. Pero su ausencia es significativa: él no viene a denunciar injusticias como Kincaid, eso a él no le corresponde; por qué lo haría si los perpetradores del turismo masivo que describen ambos son principalmente estadounidenses. Se pondría a hablar sobre la falta de modernización de una isla o la desnutrición en la otra, pero su posición de turista se lo impide. La denuncia está en donde le pertenece, *su pueblo turista*, sus compatriotas *bovinos* (en sus palabras) que se mueven en masa si así se puede decir. Incluso, sí existe una denuncia explícita del neocolonialismo, pero en espacios que le pertenecen: el propio crucero. Foster Wallace reconoce colonialismo, pero se queda ahí, en el reconocimiento. No hay profundización en él:

Por cierto, la composición étnica de la tripulación Nadir es un crisol comparable con un anuncio de Benetton, y constituye un desafío constante localizar la composición geográfica

fica-racial de las diversas jerarquías de empleados. Todos los oficiales importantes son griegos (...) a primera vista parece regir una especie de sistema de castas eurocéntrico: los camareros, ayudantes de camarero, camarera de bebidas, (...) parecen ser principalmente arios, mientras que los maleteros, personal de mantenimiento y de limpieza, tienden a ser los tipos más morenos: árabes, filipinos, cubanos y negros de las Antillas (Foster Wallace 513-514).

La experiencia de vacacionar en un crucero por el Caribe para Foster Wallace es muy diferente a la concepción de placer y descanso que se tiene en occidente:

Unas vacaciones son un respiro de todo lo desagradable, y dado que la conciencia de la muerte y de la decadencia son desagradables, parece extraño que la fantasía suprema de vacaciones de los americanos consista en ser plantificados en medio de una enorme máquina primordial de muerte y putrefacción (Foster Wallace 478).

Hay un distanciamiento completo de sus compatriotas (el turista común, no forzado) y su idiosincracia: no solo no se une al colectivo “americanos” a quienes se refiere al decir “(...)he visto casi desnuda a un montón de gente que a quien habría preferido nunca ver en ningún estado parecido a la desnudez” (Foster Wallace 472), sino que además relaciona la experiencia que a los demás les significa placer con la muerte. El autor no se sentirá cómodo en el paraíso hiperrealizado, porque no es, ni quiere ser el tipo de persona que desea vivir esa experiencia. Él no quiere que lo sirvan en todo momento: “En un crucero de lujo 7NC, pago por el privilegio de cederles a profesionales cualificados la responsabilidad no solo de mi experiencia sino de mi *interpretación* de esa experiencia: es decir, de mi placer” (Foster Wallace 504).

Según Holland, los relatos de viajes posmodernistas tienen un tremendo potencial de construir un discurso político que arremeta contra los vicios neocoloniales del turismo masivo:

To see travel as merely another form of tourism is to recognize the increasing commodification of place; what travel writers offer in this context is not an insight into the "real," but a countercommodified version of what they take to be reality.⁴ The critical potential of travel writing —its capacity to expose and attack the invasive practices of mass tourism— is further diminished when it is recognized, not as an out-and-out opponent of tourism, but as a valuable adjunct to it (3).

Pero este no es el caso. Diría que el enfoque de Foster Wallace es atacar al “gringo” turista, ese ignorante y consumidor de dicho servicio. Que si bien al hacerlo, evidencia cierta conciencia del escritor de los problemas reales que trae el turismo en el Caribe, para mí al menos, no es una crítica satisfactoria. Sigue siendo complaciente con el orden capitalista mundial y bondadoso con las estructuras neocoloniales del turismo. El relato de Foster Wallace es uno de auto-compasión. A diferencia de los relatos de viaje que estudia Pratt, los que se dedican a describir y a sistematizar la naturaleza, por ejemplo, el personaje Foster Wallace, critica al turista “gringo”, se apena de estar viviendo esa experiencia, algo arrepentido de haber accedido a la invitación, y ególatramente poseyendo la voz narrativa solo para describirse como sujeto psicológico, no social ni político.

Hay algo insoportablemente triste en los Cruceros de Lujo masivos. Como la mayoría de las cosas insoportablemente tristes, resulta increíblemente elusivo y complejo en sus causas y simple en sus efectos: a bordo del Nadir —sobre todo de noche, con toda la diversión organizada, la amabilidad y el ruido del jolgorio— me sentí desesperar. La palabra se ha banalizado ahora por el exceso de uso, desesperar, pero es una palabra seria, y la estoy usando en serio. Para mí denota una adición simple: un extraño deseo de muerte combinado con una sensación apabullante de mi propia pequeñez y futilidad que se presenta como miedo a la muerte. Pero no acaba de ser esas cosas. Se parece más a querer morirse a fin de evitar la sensación insoportable de darse cuenta de que uno es pequeño, débil, egoísta, y de que, sin ninguna duda posible, se va a morir. es querer tirarse por la borda (475).

La voz narrativa será exclusivamente autorial: se tomará la palabra construyendo la subjetividad que recién describimos. “(...) intentando componer una especie de collage sensorial hipnótico de todo lo que he visto y oído de hecho como resultado del encargo periodístico que acabo de terminar” (Foster 469). En términos de Genette, no hay discurso restituído, solamente discurso indirecto y narrativizado. Esto no solo sucede porque él mismo nos dice que fue un viaje bastante solitario, sino que también logra así apoderarse de la palabra y no permitir que alguien lo contradiga en su discurso de auto-compasión, incluso para no darle voz a seres que él considera despreciables. El texto entonces, estará plagado de descripciones y reflexiones: “He aprendido que hay diferentes intensidades de azul más allá del *azul, muy, pero que* muy intenso. He comido más comida y más elegante que en toda mi vida (...)” (Foster 470). En ambos casos

proyectando subjetividad: las descripciones no estarán exentas de juicios de valor e ironías, y las reflexiones, gatilladas por su incomodidad y desprecio al lugar en que está, traspasan el motivo de su escrito y pasan a ser de corte más existencialista e incluso nihilista.

Otro elemento que reconoce Holland en los relatos de viaje posmodernos es la doble potencialidad, en tiempos de turismo masivo, de ser cómplices con que las islas sean vistas más que como un territorio como un commodity, o disputar dicho campo simbólico y criticarlo, o al menos evidenciarlo.

La cita anterior es importante porque ejemplifica la tónica del discurso del autor: la desesperación, la incomodidad y la vergüenza. Es un relato centrado en la subjetividad del narrador-personaje-escritor y eso significa que no se sale de la burbuja psicológica, y como a nadie le es permitido entrar en el relato, nadie se la revienta. Él describe momentos que evidencian las situaciones absurdas del crucero y los vicios del turismo masivo, pero quedan como meras descripciones: el foco es él y su sentimiento de que no pertenece a ese lugar. Reconozco eso sí, que el mismo hecho de que no se sienta cómodo, es en sí una crítica al funcionamiento del turismo en tanto contradice que ese servicio que la publicidad vende como la *experiencia caribeña* sea un deseo universal de todo ser humano.

3.5 Discurso de anticonquista

Este relato psicológico es también, en términos de Pratt, uno de *anticonquista*. Si pensamos en el turismo masivo como una práctica de *invasión* neocolonial, al menos en el orden económico y como vimos en Kincaid, simbólico, es de cierta forma una *conquista*. El turismo y sus turistas *invaden* un territorio, por el solo hecho de tener dinero. La excusa para *invadir* ya no es Dios, la evangelización o buscar rutas comerciales, sino que es la empresa, el flujo de capital, y el mantenimiento del orden mundial de poder. ¿Cuál sería entonces el discurso de *anticonquista* de Foster Wallace? el mismo hecho de que construya un sujeto personaje al cual le tenemos pena y compasión, lo transforma a él mismo en la víctima. Olvidándonos de las verdaderas víctimas del turismo masivo del que Foster Wallace personaje es cómplice: así justifica su actuar, inequívocamente cómplice del orden neocolonial del turismo.

Coincidiendo con Pratt, Foster Wallace es un *anticonquistador* porque privilegia el *mirar* como un acto pasivo: “En fin de cuentas, el acto mismo de descubrimiento —en cuyo nombre se sacrificaron incontables vidas y se soportaron intolerables sufrimientos— consistió en lo que la cultura europea considera una experiencia puramente pasiva: mirar” (Pratt 366). Foster Wallace personaje pasa el mayor tiempo en el crucero o en su habitación o observando a los turistas. ¿Es esto tan pasivo como parece? Creo que a diferencia de los relatos que estudia Pratt, lo que observa Foster Wallace son sus propios compatriotas que están en el mismo nivel de poder: turistas que pagaron por un servicio. En ese sentido, él no está registrando la naturaleza del Caribe que visita, sino que narrando lo que sucede en el crucero: producto de la modernidad al que él pertenece. Foster Wallace entonces, no se apropia de lo que le es ajeno, esto haciendo que su gesto sea, al menos un poco menos colonial. De lo que no se libra el escritor, creo yo, es de ser cómplice del turismo masivo, pues aunque esté allí solo anotando su experiencia, sigue perpetuando, simbólicamente, todo lo que Kincaid aborrece: nuevamente el negro sirviendo al blanco, nuevamente el metropolitano usando el territorio del subalternizado como si fuese propio, ya no en condiciones de esclavitud sino bajo el sistema capitalista mundial.

Sin embargo, aunque se centre en su propia subjetividad y de cierta forma justifique su complicidad, pienso que Foster Wallace evidencia y critica los vicios del turismo masivo, pero desde un proyecto personal y no político. Sería injusto decir que es una escritura totalmente cómplice: (...) an uncritical view of travel writing as a celebration of human freedom needs to be adjusted to the modern realities of class, race, and gender privilege (Holland 4). El escritor no deja claro su privilegio de género pero sí el de clase y de raza: él es consciente de que es metropolitano y le es incómoda dicha posición, cuestión que me hace intuir que el personaje es consciente de las implicancias simbólicas de las que hablé en el capítulo anterior:

Uno de los maleteros me ve que intento coger el petate —su maleta— y deja estar las cuatro maletas enormes con las que anda trastabillando y corre a interceptarme. (...) lo que intenta es llevarlo —la maleta— por mí al camarote 1009. Y yo, que abulto el doble que este hombrecillo herniado (...) protesto con educación intentando ser considerado, le digo que no hace falta (...) Y de ese modo surge una discusión muy extraña entre el maletero libanés y yo, porque resulta que estoy poniendo al tipo, que apenas habla inglés, en una especie de dilema terrible en materia de diligencia, una paradoja del cuidado al pasajero: a saber, la paradoja de <El-pasajero-siempre-tiene-la-razón-versus-Nunca-

dejes-que-un-pasajero-se-lleve-su-maleta>. Sin tener ni idea en aquellos momentos del embrollo en que estaba metido aquel pobre hombrecillo libanés (Foster Wallace 508-509).

Según Holland, ser un escritor de relatos de viaje cómplice con los vicios del turismo sería el que:

Travel writing tends to reinforce the authority of its predominantly metropolitan readership; its world of wonders is, in one sense, a world already known —one made available to readers ‘back home’ through the comforting reiteration of familiar exotic myths. (Exoticism is precisely the mechanism for this process of retrieval, a means by which the ‘otherness’ of the foreign world can be assimilated and its threatening difference defused by taking on a familiar cast) (5).

Hay que reconocerle a Foster Wallace, que a pesar de que una empresa de cruceros lo haya invitado para que escribiese sobre su experiencia, él aprovechó la circunstancia no para publicitar positivamente, sino para destruir el servicio que venden. Por esto, para el análisis del texto creo importante tener en cuenta esta anécdota, pero solo como anécdota. Es decir, el producto final, ya que no es complaciente con la empresa de cruceros, debe ser analizado como un escrito honesto y no como uno movido por dinero. A pesar de que Foster Wallace fue pagado para escribir *Algo...*, él lo transformó en una oportunidad para crear algo que nace de su voluntad, y por eso puedo analizar el producto olvidándome de que en un principio hubo intereses para que resultara ser un escrito publicitario. De hecho, él se compara con otro escritor al que le pagaron para que escribiera sobre su experiencia en un crucero, el cual resultó ser complaciente, y con esto Foster Wallace reflexiona:

En el caso del <ensayo> de Frank Conroy, *Cruceros Celebrity* intenta presentar el anuncio de una forma tal que accedemos a él con la guardia baja y la barbilla adelantada que reservamos cuando leemos un ensayo o cuando contemplamos algo artístico (o al menos que intenta ser artístico). Un anuncio que finge ser arte es —en el mejor de los casos— como alguien que te sonrío con calidez solo porque quiere conseguir algo de ti. Esto es deshonesto, pero lo más siniestro es el efecto acumulativo que semejante falta de honestidad tiene sobre nosotros: dado que ofrece un perfecto facsímil o simulacro de buena voluntad sin el espíritu real de la buena voluntad, confunde nuestras mentes y al final hace que subamos nuestras defensas incluso en casos de sonrisas genuinas y arte verdadero

y buena voluntad verdadera. Hace que nos sintamos solos, impotentes, furiosos y asustados. Provoca desesperación. (...) Construye —el ensayo— mis experiencias y mi interpretación de esas experiencias y se ocupa de ellas por adelantado para que yo no tenga que hacerlo. Parece que se preocupa de mí. Pero no lo hace (...) porque en primer lugar y antes que nada quiere obtener algo de mí. Igual que el Crucero (Foster Wallace 507-508).

En resumen, Foster Wallace ridiculiza al turista común y hace todo lo posible por olvidar que está haciendo lo mismo que ellos. Existe una crítica al sistema del turismo masivo pero no articulada en un discurso coherente que se pueda identificar a lo largo del texto. Son críticas aisladas, ironías sutiles que más que politizar el tema del neocolonialismo, se describe a sí mismo como sujeto poco conforme con lo que su nacionalidad representa, e incómodo con los lujos que el crucero le otorga. Muy diferente es este discurso al de Kincaid, diferencias que analizaré en las conclusiones que vienen a continuación.

Conclusiones

It is not that violence is anything new but that somehow, in the context of modernity, it seems inexplicable, a kind of throwback to a more primitive past despite the disruptions brought about by globalization.

(Franco, Jean. *The decline & fall of the lettered city*, 220)

Slavoj Žižek en *El sublime objeto de la ideología* en un breve apartado plantea que el hundimiento del Titanic es un símbolo de la catástrofe que viviría la civilización europea años después, me imagino en referencia a las guerras mundiales. Estas significaron poner en duda la idea moderna del progreso indefinido y la confianza en la ciencia, pilares de la modernidad europea. Así, el Titanic simbolizaba ambas caras de la modernidad: la modernización de la tecnología por un lado, pero al mismo tiempo “(...) la osificada sociedad de clases” (Žižek 106). Su hundimiento viene a contradecir el optimismo con respecto a la modernidad, y a develar, creo yo, sus contradicciones.

Haciendo un paralelo, así como el turismo del Titanic, el turismo masivo analizado en esta tesis presenta estas dos caras de la misma moneda: mejor estilo de vida para los que consumen este servicio, el avance tecnológico de los hoteles, de los aviones y de los cruceros, el avance en otorgar cada vez un servicio más perfecto y personal, versus la materialización de una sociedad mundial de clases. El turismo masivo lleva ese apellido no porque en la práctica sea democrático, sino porque es una industria que se ha expandido exponencialmente en el siglo XX, llegando a sectores que antes no podían acceder a él, pero que sigue siendo un privilegio de clase: el turismo quiere ofrecer una modernidad globalizada, pero fracasa en cuanto no existe un verdadero acceso global al turismo como servicio.

He abordado en esta tesis solamente el turismo en el Caribe. Pero evidentemente la industria es igual de fuerte económicamente en los países metropolitanos, la diferencia radica en que, primero, no es su única fuente de riqueza, y segundo, lo que promueve ese turismo es el valor de la civilización: la cultura, la historia, el museo, los vestigios arquitectónicos etc. Mientras que en el Caribe el turismo es uno de exotización: es el escape de esta “civilización” a un mundo donde la cultura auténtica y la historia no es lo que se vende. El Caribe no es territorio de

civilización sino de naturaleza, de barbarie, de premodernidad simpática y del bienestar para el que pueda pagar. Esta división solo viene a reforzar el orden neocolonial del capitalismo globalizado o tardío: la des-historización del territorio colonizado y el ensalzamiento cultural de las fuentes neocolonizadoras.

En lo que más insiste Kincaid es en que el turismo des-historiza el territorio. El turista no conoce o no es consciente de la ligazón entre modernidad y explotación/esclavitud/colonialismo y por eso camina por las islas a pasos livianos y con la conciencia tranquila. En lo que más insiste Foster Wallace, algo en cambio mucho más banal, no es en relacionar el ejercicio del turismo con el orden mundial del capitalismo globalizado, sino en lo desagradable que es el sujeto turista norteamericano que consume el servicio que un crucero ofrece. Esa es la principal diferencia entre ambos textos: mientras Kincaid articula un discurso político eminentemente moderno, el texto de Foster Wallace destaca por la ausencia de un proyecto. Su gesto es el de criticar psicológicamente al sujeto turista, el de avergonzarse de él y por lo tanto distanciarse de él.

Digo que el proyecto de Kincaid es moderno porque persigue políticas igualmente modernas: la autonomía de los pueblos. Esto no lo hace construyendo una hoja de ruta de qué tiene que hacer Antigua y Barbuda para librarse de las relaciones neocoloniales que el texto revisa, sino que lo hace justamente revisando el por qué y cómo esa isla sigue insertándose en el orden mundial como una periferia neocolonizada por la metrópolis. Su modernidad radica también en la utilización del ensayo como un vehículo para construir un discurso político igual de vigente que los que revisamos en el en el segundo capítulo de esta tesis.

Foster Wallace en cambio desarrolla un discurso claramente posmoderno: es la utilización del género de relato de viajes no para reafirmar o subvertir el discurso imperial que los antiguos conquistadores y exploradores construían, sino que para transformarlo en un discurso personal y ensimismado, de vivencias personales absolutamente desconectadas de cualquier esfera política. No existe un gran relato, existe uno pequeño y personal y sin gran trascendencia: un escritor estadounidense de izquierda que es invitado a un crucero de lujo para que escriba una crónica se siente incómodo con el lujo y con sus compatriotas, y se recluye en su habitación, avergonzado.

Luego de leer y analizar ambos textos, todavía quedan abiertas algunas preguntas y problemáticas: ¿Es el turismo masivo un fenómeno moderno o posmoderno? es difícil porque ambos lados del mercado turístico son radicalmente diferentes: si pensamos en el circuito que nos pre-

senta Kincaid en donde el consumidor es metropolitano y blanco, y el receptor un país pobre, subdesarrollado y neocolonial, nos enfrentamos también a la pregunta de la coexistencia de la modernidad, la premodernidad y la posmodernidad. ¿Cómo es posible decir categóricamente que el turismo es moderno si promueve la fosilización y perpetuación el orden neocolonial capitalista, el reparto mundial del trabajo y la sociedad de clases, contradiciendo el principio propiamente moderno de la igualdad y la autonomía? ¿Cómo podemos hablar de posmodernidad tecnológica en el Caribe si la propia Kincaid expone que no hay carreteras, escuelas, hospitales ni bibliotecas en buen estado? ¿No sería un poco eurocéntrico denominar al turismo masivo de posmoderno, cuando existe esta modernidad precaria aún en el Caribe? Una posible solución a estas respuestas la encuentro en Canclini, quien plantea que estos tres estados de desarrollo conviven: la heterogeneidad multitemporal como la convivencia de diferentes temporalidad históricas desde las que se quiere construir un proyecto global: un pasado semiaristocrático, un presente semicapitalista y un futuro revolucionario semiemergente. “Esta heterogeneidad multitemporal de la cultura moderna es consecuencia de una historia en la que la modernización operó pocas veces mediante la sustitución de lo tradicional y lo antiguo” (Canclini 72).

Bibliografía

- Anderson, Perry. *Los orígenes de la posmodernidad*. Barcelona: Anagrama, 2000.
- Bauman, Zygmunt. “De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad”. *Cuestiones de identidad cultural*. Ed. Hall, Stuart y Paul du Gay. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1996. 40-68.
- Berriault, Jane. “I guess that’s another place they’ve ruined for us”: A spatial struggle against the development of commercial tourism in Jamaica Kincaid’s *A Small Place* and Michelle Cliff’s *No Telephone to Heaven*”. *Journal of Postcolonial Writing* 53 (2017): 659-672.
- Castells, Manuel. *La era de la información: Economía, sociedad y cultura. Vol. II. “El poder de la identidad”*. México D. F. Siglo XXI, 1999.
- Césaire, Aimé. “Discurso sobre el colonialismo”. *Discurso sobre el colonialismo*. Madrid: Akal, 2006.
- Cicalese, Guillermo “Los cambios de sentido en los espacios sociales del turismo a partir de la globalización”. *Faces* 8 (2000): 79-106.
- Díaz, Junot. “The sun, the moon, the stars” *This is how You lose Her*. New York: Riverhead Books, 2012.
- Fanon, Frantz. *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Akal, 2009.
- Filardo, Verónica. “Globalización y turismo: impactos en los territorios” bibliotecavirtual.unl.edu.ar. 2006 (web) 3 octubre 2018 <<http://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/ojs/index.php/PAMPA/article/view/3136>>
- Foster Wallace, David. “Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer”. *David Foster Wallace Portátil*. Barcelona: Literatura Random House, 2016.
- Franco, Jean. *The decline & fall of the lettered city*. London: Harvard University Press, 2002.
- García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo, 1989.
- Grüner, Eduardo “Introducción. El retorno de la teoría crítica de la cultura: una introducción alegórica a Jameson y Žižek”. Jameson, Fredric y Slavoj Žižek. *Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*. Buenos Aires: Paidós, 1998.

Hall, Stuart. "La cuestión de la identidad cultural". Trad. Alexandra Hibbett. *Modernidad y diferencia. Seminario de la Maestría en Estudios Culturales*. Universidad Javeriana. Segundo semestre 2009. Consultado: 13 septiembre 2010.

Holland, Patrick. *Tourists with Typewriters: Critical Reflections on Contemporary Travel Writing*. : University of Michigan, 1998.

"Home". *Blue Waters Resort*. Blue Waters Hotels. Web. 30 oct. 2018. <<http://www.bluewaters.net/>>

"Home". *Carlisle Bay Resort. Antigua*. The Leadings Hotels of the World. Web. 30 oct. 2018 <https://www.carlisle-bay.com/?gclid=EAIaIQobChMI3K3lzcXt3QIVUQSRCh3e5AXOEAAAYASAAEgJbLfd_BwE>.

Harvey, David. *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1990.

_____. *Espacios del capital*. Madrid: Akal, 2007.

Jurdao, Francisco. *Los mitos del turismo*. Madrid. Ediciones Edymion, 1983.

Jameson, Fredric. "El posmodernismo y la sociedad de consumo". *El giro cultural* Buenos Aires: Manantial, 2002. 15-38.

Kincaid, Jamaica. *A Small Place*. New York: FSG, 2001.

Larraín, Jorge. *Modernidad, razón e identidad en América Latina*. Barcelona, Buenos Aires, México D.F., Santiago de Chile: Andrés Bello, 1996.

Martí, José. "Nuestra América" ciudadseva.com (web) 14 jul. 2018 <<http://ciudadseva.com/texto/nuestra-america/>>.

McLeod, Corinna. "Constructing a Nation: Jamaica Kincaid's *A Small Place*". *Small Axe* 13.1 (2008): 77-92.

Pizarro, Ana "El archipiélago de fronteras externas". *El archipiélago de fronteras externas*. Santiago: LOM, 2002.

Pratt, Mary Louise. *Ojos Imperiales*. México: Fondo de Cultura Económica, 2010

_____. "“No Me Interrumpas”: Las Mujeres y El Ensayo Latinoamericano." *Debate Feminista*, vol. 21, Abr. 2000, pp. 70-88. *Jstore*, www.jstor.org/stable/42624563?seq=1#page_scan_tab_contents.

Rama, Ángel. *Transculturación narrativa en América Latina*. México, D.F.: Siglo Veintiuno Editores, 2003.

Rojo, Grínor. *Globalización e identidades nacionales y postnacionales... ¿de qué estamos hablando?*. Santiago: LOM, 2006.

Sarlo, Beatriz. *Escenas de la vida posmoderna*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2014.

Vargas, José. "Neo-colonialismo, resistencia, crisis y transformación del Estado". en alterinfos.com. 24 de enero de 2007. (web). 20 oct. 2018. <<http://alterinfos.org/spip.php?article790>>.

Vega, María José. *Imperios de Papel*. Barcelona: editorial Crítica, 2003.

Žižek, Slavoj. *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2009.